

CAPITULO 22

(Continuación)

GIMENA.— ¡Cierto, Churrinche, y áura usted dirá en que puedo servirlo!...

CHURRINCHE.— ¡En mucho y como la se de güen corazón espero no me ha de negar lo que, con la licencia e mi tata, le vengo a pedir!...

GIMENA.— ¡Usted dirá; aunque debo de advertirle que llega en los momentos más difíciles de sobresalto y angustia pa mi corazón! ¡Pero no le hace, nada tiene que ver con nuestras cosas y usted deseará, cuanto antes, salir del asunto que lo ha traído!...

CHURRINCHE.— ¡No tanto como pa que me le ofrezca, si de algo puedo yo servirla, por que a la verdá, es usted una de esas chinas que cuando lo miran a uno, hablándole, se siente uno más dispuesto a que se yo cuántas cosas!...

GIMENA.— ¡Ideas suyas, aunque a la verdá e de decirle que también he observado en usted un no sé qué, que sin quererlo atrae y la predispone a una a querer atenderlo con un cariño y deferencia, que no soy dada cuando no tengo cierta confianza con la persona, y más en este caso de usted, que solo he tenido oportunidad de charlar, como quien dice, de pasadita nomás!...

CHURRINCHE.— ¡Así es, y francamente, cuando usted estuvo los otros días por los Gavilanes, creamé, que sentí de que tan pronto se jüera!...

GIMENA.— ¡Y si yo le dijera de que a mi me pasó lo mismo!...

CHURRINCHE.— ¡¿Qué casualidá, no?... je... je... je...!

GIMENA.— ¡Deverás de que es más que casualidá!... ja... ja... ja... ¡Oh, pero es posible de que con tuito lo que está pasando por mi espíritu haya logrado hacerme réir y hasta olvidarme de mi mesma?...

CHURRINCHE.— ¡Qué cosa, no?... si hasta yo he olvidado lo que me trujo hasta acá!...

GIMENA.— ¡Aproveche entonces, áura de que hemos güelto al asunto de su venida!...

CHURRINCHE.— ¡Este por cierto áura me acobarda un poco, por que no me perdonaría nunca, que por mi culpa sufriera su güen corazón, que se me hace grandote y güeno lo que la vec que me mira con esos ojazos de mirada tan serena y brillándole las pupilas, como si en ellos juguetiara una risita e cariño!

GIMENA.— ¡Talvez no se equivoque y sin yo quererlo lo anden mis ojos mirando así!... ¡Pero, no se olvide con lo que le he dicho de lo que lo ha traído pa este campo!...

CHURRINCHE.— ¡A eso voy áura, y dende ya, si le causo un poquito e dolor me lo perdone!...

GIMENA.— ¡Y como sabe de que me va a causar dolor, pero aunque así sea, usted de antemano tiene perdonado eso y... hable, Churrinche, que ya le estoy prestando atención!...

CHURRINCHE.— ¡Con la licencia de tata y con su orden, he venido pa aliviarla de un trabajo, y tal vez, de una preocupación!... ¡Tuitos nosotros hemos creído de que el gurí que salvamos en aquella güelta que usted ricuerda, debe de estar en nuestro campo, bajo el cuidado y amparo de los que arriesgamos el cuero pa salvarlo, y, como sabemos güena y que mayor interés no ha de tener en que ese muchachito se quede acá, vengo encomendao, si usted no tiene inconveniente, pa llevármelo áura mesmo si lo tiene listo, y si no güelvo pa eso, cuando usted lo disponga y ordenel!...

GIMENA.— (Como si hablara consigo misma) ¡Qué usted ha venido pa buscar al gurí... pa llevárselo?...

CHURRINCHE.— ¡Eso mesmo si es de que yo no he hablao mal!...

GIMENA.— ¡Venir a llevarse a ese montoncito de alegría sin comprender que en el corazón de una china como yo, pueda ser un poquito más de vida, de alma, de espíritu; que a tantos días de sentir sus manitos acariciar mi cuello, de ver su hociquito estirarse, como el piquito de un pichón buscando el calor de mis labios, pa enyenármelo de besitos, áura que ya empezaba a llamarme mama cuando me veía aparecer en las mañanas al abrir